

En oposición con vuestras pretensiones, observo yo que mi ser pensante, que mi persona, mi yo, es exactamente el mismo que hace cinco, diez, veinte, cuarenta años. Yo creo que vosotros no negaréis que os acordáis de haber sido niños, de haber jugado entre los brazos de vuestra madre, de haberos sentado en los bancos de la escuela, de haber hecho (yo no lo dudo) excelentes progresos en vuestros estudios, y más tarde de haberos convertido en los más furiosos de los materialistas. ¿No es así como vosotros habéis vivido? Si no sobre vuestra frente, es sobre vuestro espíritu que han pasado todos esos años. Si habéis cambiado de opiniones, de ideas, de dirección en vuestros estudios, de país, de costumbres, de alimentos, eso no es nada menos *vuestra misma persona* que ha crecido, vivido y envejecido, y si algún audaz y legítimo partidario de vuestras teorías os hubiese arrebatado, hace diez años, vuestro honor ó vuestra fortuna, y apareciendo hoy delante de vosotros, pretendiese que no sois el mismo hombre, que habéis sido *cambiado* muchas veces desde entonces, que no os conoce, y que él también ha cambiado y que no os debe ninguna reparación, pronto le haríais comprender que no es así como entendéis la explicación de vuestras teorías. En efecto, señores, estas teorías no nos parecen ni más ni menos que absurdos ante el hecho elocuente de la identidad del espíritu. ¿Podéis conciliarlas con él? ¿Podéis pretender que una secreción de sustancias pasajeras que no hacen más que atravesar el organismo, sea capaz de gozar de esta propiedad? ¿Os atreveríais á propararos en decir que considerando el pensamiento como una propiedad de un cierto conjunto de moléculas de grasa fosfórea, de albúmina, de colessterina, de potasa y de agua, moléculas traídas á ese laboratorio por la nutrición y la respiración, variables, en movimien-

to continuo, semejantes á soldados de todas las naciones que llegan á un mismo campo, levantan sus tiendas y continúan al siguiente día sus viajes, separados para ser reemplazados por otros; os atreveríais, digo yo, á propararos en decir que semejante sistema pueda explicar la identidad, la permanencia del pensamiento? No, no os atrevéis: ni lo intentáis tampoco, pues, á pesar de lo mucho que he buscado en vuestros anales, tan sólo he visto que esquiváis prestamente la dificultad sin casi dignaros nombrarla.

Uno de entre vosotros, Büchner, responde de paso que la observación hecha sobre algunos trepanados, ha demostrado que en ciertos años ó en ciertas épocas de su vida han tenido oscurecida su memoria por la pérdida de algunas partes del cerebro. Añade también, que la vejez hace perder casi enteramente la memoria. Sin duda, dice él, las substancias del cerebro cambian, pero el modo de su composición debe ser permanente y determina el modo de la conciencia individual. Así, pues, él acepta que «los procedimientos anteriores son inexplicables é inconcebibles.» ¡ En buen tiempo! he ahí una declaración que lo redime todo. Estas pretendidas explicaciones por hechos anormales, son las únicas que han dado al gran hecho que hemos señalado.

Esto es una laguna sensible, señores, y puesto que vuestra más grande ambición es de tener en cuenta las dificultades y de no pasar nada en silencio,—reproche que dirigís á vuestros adversarios,—yo os induzco, en el mismo interés de vuestro poder y de vuestra fama á no olvidarlas y á explicar físicamente ó químicamente de qué manera el renovamiento de vuestros átomos puede tener por propiedad la de establecer como procedente *un ser pensante que tiene conciencia de la permanencia de su identidad.*



No se ve ninguna conciliación posible entre estos dos términos contrarios, y pasaremos inmediatamente más adelante sin preocuparnos de nuestros adversarios, considerándoles simplemente como fuera de combate, dejándoles desvanecidos sobre la arena á manera de gladiadores antiguos enredados bajo la red del reciario y heridos por el mortal tridente. Pero por caridad para ellos, queremos continuar el combate; y para la defensa general de nuestra causa, creemos útil examinar las diversas explicaciones emitidas sobre este asunto, á fin de que sepan que ninguna teoría no es satisfactoria, y que la dificultad queda enteramente *insoluble* en la hipótesis materialista.

La primera explicación consiste en decir que si las moléculas del cuerpo están en circulación perpetua, no lo está la forma individual. Nuestras facciones quedan inscritas en nuestro rostro; nuestros ojos guardan el mismo color, nuestros cabellos la misma naturaleza, nuestra fisonomía el mismo carácter fundamental. Los que han tenido la ventaja de alcanzar de la gloria militar alguna noble cicatriz, guardan esta marca solemne á pesar del renovamiento de la carne. Tal es el hecho general de la permanencia y del carácter fisonómico individual.

Nuestros adversarios pueden pretender que, puesto que el cuerpo es así, no es en nada imposible que la identidad del espíritu sea semejante al resultado de los fenómenos materiales.

He ahí justamente el error: 1.º, no se puede probar que la permanencia de las facciones sea el resultado de simples fenómenos de asimilación y desasimilación y de la modificación incesante de la substancia; 2.º, aun cuando así fuese, no existiría en esto más que una identidad de forma, una identidad aparente conservada por moléculas suce-

sivas, y no una identidad de fondo, un ser substancial que permanece.

La diferencia que, por consiguiente, separa la hipótesis materialista de la nuestra, consiste, pues, simplemente en observar que no se explica nada en la primera, mientras que se explica todo en la nuestra. Como se ve, esto es una pequeña diferencia.

Dirán que los átomos materialistas reemplazándose, siguiendo precisamente la misma dirección que sus antecesores son acarreados por el mismo torbellino, reemplazándose como los soldados á la facción, que se dan sucesivamente la palabra de orden, y que si el pensamiento no es más que una serie de vibraciones, son las mismas vibraciones que se perpetúan, aunque la substancia de los círculos vibrantes haya cambiado. Pero una tal pretensión es por dos razones insignificante, en vista de que no explica mejor que las primeras la identidad del *yo*, y que tiene una tendencia á conducirnos á las cualidades ocultas, y á transformar el cuerpo en un locutorio de pequeñas moléculas que llegarán á extenderse y ajustarse á pesar de su habladuría y de la ligereza de su sexo.

Se puede decir aún, que si el cerebro cambia poco á poco, es lo mismo que nuestras ideas, nuestro carácter, nuestras tendencias, y también nuestro espíritu. Pero si por una parte consideramos la substancia constitutiva del cerebro en un momento dado, sucederá que algunas semanas ó algunos meses más tarde (no importa el tiempo), que la mitad, por ejemplo, de esta substancia será cambiada, y por consiguiente, no tendrá más que la mitad de la substancia considerada en el momento en cuestión. Más tarde, no habrá más que la cuarta parte. Más tarde aún, la media cuarta parte, y así sucesivamente. De manera que, según esta



hipótesis, primeramente seremos la mitad cambiados, luego las tres cuartas partes, después las tres cuartas partes y media, hasta que por fin no quedará casi nada de nuestra persona primitiva. ¿Quién es, pues, el que no experimenta que no es así, que no se separa de la especie un pedazo más considerable de nuestra alma, que nuestra alma es simple, indivisible, idéntica á ella misma en cada instante consecutivo de nuestra duración? La permanencia del *yo* sale aún pues victoriosa de esta pelea.

¿Se propasarán, pues, á decir por fin, que existe en alguna parte del cerebro un santuario, al seno del cual una molécula cerebral permanece exenta de las leyes generales de la materia, inmutable y permanente, privilegiada entre todas y dotada de una integridad inatacable, y que esta molécula es la que es el centro de los pensamientos y que constituye la identidad de nuestra persona? Una tal suposición no es tan sólo puramente arbitraria y desprovista de sentido, sino que también está en contradicción con la observación científica y el espíritu del método positivo, y ninguno de nosotros se decide por lo tanto á asumir la responsabilidad.

Quiérase ó no, la identidad permanente de nuestro ser mental es un hecho inconciliable con la mutalidad incesante del órgano cerebral, en el caso en que han hecho de nuestro ser mental una calidad de este órgano.

¿No es tener una audacia singular, cuando se sueña en venir á negar, ante la conciencia individual y universal, este gran hecho de la existencia personal del alma? ¿No sabemos todos, con la evidencia más incontestable, que nuestro *yo* y nuestros órganos son radicalmente distintos, que nuestra persona ella misma se conoce y se afirma independiente, que nuestros órganos no son *nosotros sino de nosotros*, lo que es muy diferente,

y no parece que negar este hecho, es negar la luz en pleno día?

Poner así en duda la primera afirmación de nuestra conciencia, y pretender que estamos en la ilusión, y que mientras que nos creemos existir personalmente y poseer nuestros órganos, son ellos los que nos poseen, y que no tenemos una existencia personal, es al mismo tiempo poner en duda el mismo principio de toda certeza, y reducir á vapor el edificio secular de los conocimientos humanos.

Si se niega este primer hecho de conciencia, no cabe nada más en la humanidad.

¿Comprendéis la audacia de esta chanza? Si estamos en la ilusión sobre nuestra propia personalidad, ¿de qué estaremos seguros al presente, y qué cosa nos atreveremos afirmar? Verdaderamente admiramos á los señores materialistas, que la ponen en duda en primer lugar, y que se atreven afirmarla bajo pretendidas razones de ciencia positiva. ¿No os parece que son la burla de alguna maravillosa ilusión, viniendo neciamente á sostener que no existe la identidad personal y que somos simplemente el objetivo del elemento cerebral? Sin embargo, debieran estar bien persuadidos que siendo su pensamiento el resultante del fósforo ó de la potasa, la naturaleza de esos pensamientos depende de la naturaleza de esas combinaciones, y que, por consiguiente, tienen muy poca gracia en ponerse como personales afirmadores. Ellos no tienen el derecho, y si nosotros quisiésemos acosar su propio sistema hasta á sus burlescas consecuencias, no les consideraríamos como existiendo personalmente, y en lugar de dirigirnos á su persona pensante, nos atenderíamos á la constitución de su cerebro. Este es el momento de observar con Herschel que no es nada absurdo que un alemán lo haya puesto en teoría.



Cuando se llega á estas exageraciones, se está tentado á volver la vista hacia atrás y á recordar la ontología en el trono que abdicó en favor de la república científica. Sin restablecer el equilibrio, se está tentado de preguntar con Broglie, si la ontología es verdaderamente una tontería ó si los ontologistas son necesariamente locos, idiotas y soñadores. Respondamos nosotros con el académico. La ontología no es una cosa que se toma ni debe tomarse malamente. Es una de las ramas de la filosofía general, es la ciencia del ser, por oposición á la ciencia del fenómeno. El hombre, dicen los filósofos, acomete directamente los fenómenos; los aprende sea por los sentidos, sea por la conciencia; los estudia, los describe y los compara. Pero bajo el fenómeno, hay el ser que persiste, mientras que el fenómeno cambia ó pasa. Independientemente de los atributos, de las modificaciones hay la substancia que soporta los atributos y sufre las modificaciones. En las cualidades, en las apariencias hay un motivo de inherencia, un sostenimiento, no importa el nombre. Mientras que las ciencias naturales describen los fenómenos sensibles, mientras que la psicología describe los fenómenos de conciencia, la ontología sondea la legitimidad del procedimiento por el cual nosotros pasamos del fenómeno al ser.

Pero nosotros no queremos entrar ni llevar á nuestro lector en esa cueva aun tan oscura de la ciencia abstracta, puesto que tememos más que nadie las emanaciones soporíferas que de ella se exhalan. Esencialmente debemos quedarnos en el mundo luminoso y activo de la observación experimental. Anotemos también—que es verdad que nosotros estamos seguros de la victoria, y que levantamos con placer todas las dificultades posibles contra nosotros,—anotemos también que la autoridad de la conciencia puede bajo cierto aspecto

ser puesta en duda, y que importa no aceptar sin comprobación el testimonio puro y simple del sentido íntimo. Como que el origen del pensamiento sufre á cada instante una multitud de influencias derivadas del mundo exterior por la intermediaria de los órganos, influencias de las cuales es alguna vez el juego, sin que le sea posible descubrirlo y librarse de ellas, se podría tal vez admitir que el sentimiento de su pretendida identidad es una ilusión debida á una invencible ignorancia del juego respectivo de los diversos elementos que la componen. A esta objeción contestamos con M. Magy, por el encadenamiento de las siguientes proposiciones:

Nosotros encontramos en el alma humana como en toda la naturaleza, la coexistencia de la fuerza y de la extensión. Los hechos que pueden revelarnos en el sujeto pensante una actividad propia, son visibles á cada paso en la marcha de nuestros estudios.

En efecto, la primera condición de aprender es para nuestro espíritu un esfuerzo espontáneo para neutralizar todas las causas que tienden á retenernos en la inercia y en la ignorancia, tales como las exigencias de la vida social, las necesidades del cuerpo, las pasiones, la falta de aptitud, las dificultades propias del estudio. Este preliminar esfuerzo no se detiene al umbral del estudio, al contrario, su energía se mantiene y aumenta en el período de adquisición. Es preciso una atención sostenida y persistente para penetrar bien las nociones á las cuales se aspira. Esta atención es tan necesaria al más gran genio como al discípulo. Si Newton encontró la atracción universal, fué por su permanente tensión de espíritu. Arquímedes, ocupado en la solución de un problema no se apercibió de la toma de Siracusa y murió acuchillado, víctima de la dinamia del alma. Descartes ve en todas



las cosas un objeto de meditación. ¿Y no sabemos todos, que el saber no se adquiere más que al precio de perseverantes esfuerzos, y después de una larga y dura contención del espíritu sobre el sujeto de estudio?

Aún más; la misma energía de la cual el espíritu tiene necesidad para adquirir el saber, le es aún indispensable para conservarlo. El artificio más seguro para retener la ciencia en la memoria, es de detenerse en cada idea y en cada hecho con una atención recogida; de darse cuenta, lo más posible, de los procedimientos de descubrimiento que han debido seguir los inventores, de desarrollar el método, y de fijar de algún modo la misma idea del estudio en el cerebro. Estos hechos atestiguan que el sujeto pensante, en la adquisición de sus conocimientos se los asemeja por un trabajo que le es propio, se conduce como una fuerza individual. Sin embargo, el modo fundamental de acción de la causa inteligente prueba perentoriamente que esta fuerza es individual, y no un conjunto de fuerzas distintas.

Todas las operaciones de la fuerza humana son anales sintéticos, ó síntesis analíticas, lo que equivale á decir que consisten esencialmente en la descomposición de un todo, ó en la coordinación de distintos elementos, los cuales intervienen cada uno por su parte, y toman su asiento lógico.

Sea cual sea la ciencia que se considere, esta es la ley del espíritu humano, sin la cual ley no habría ninguna relación entre los diferentes objetos de nuestros conocimientos, sin la cual la ciencia no existiría. No es necesario dar ejemplos; nuestros lectores están bastante acostumbrados á los procedimientos íntimos de la inteligencia, para comprender lo expresado en su profundidad y en su universalidad.

Pues bien, si juzgamos el alma según el modo

de su acción intelectual, reconoceremos, sin vacilar, que la fuerza pensante no sabría ser un agregado de fuerzas elementales. ¿En qué condición puede el alma concentrar en un mismo centro de ideas todas las observaciones que se le aplican, agrupar los silogismos auxiliares alrededor del principal, asociar los juicios siguiendo las reglas de la lógica, percibir el producto de los términos del cual enuncia las conveniencias, coordinar en una misma intuición los fenómenos estudiados, formar hipótesis, comparar los resultados; en qué condición por fin el alma puede abstraerse y generalizarse, si no es en la condición de ser una fuerza absolutamente simple, absolutamente indivisible, y de estar dotada de la facultad de redituarlo todo en sí como á un solo juicio, á una sola conciencia?

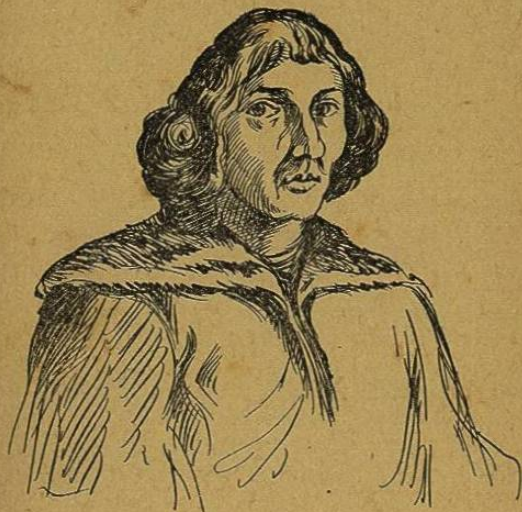
Los partidarios de la secreción cerebral repetirán por última vez que esa alma personal no es más que la resultante de todas las fuerzas elaboradas por cada órgano del cerebro, y que todas esas fuerzas concuerdan en un dinamismo tan bien reglamentado, que establecen así la unidad y la armonía del trabajo intelectual. Pero esta singular concordia de todas esas pequeñas almas es una hipótesis mucho más complicada, y, por consiguiente, no tan cerca de la verdad natural como la nuestra. En vez de establecer la unidad del alma la destruye. Localizando las facultades de la inteligencia, Gall declara que todas las facultades intelectuales están dotadas de la facultad de percepción, de atención, de recuerdo, de memoria, de juicio, de imaginación. ¡Qué república tan encantadora! ¿Cuando tal facultad dominará á sus vecinas (como la observación lo demuestra en cada individuo), soportarán aquéllas con sumisión su despotismo? Cuando dos facultades estarán discordes, sea, por ejemplo, la inclinación al homi-



cidio ó al suicidio y la benevolencia, ¿quién dominará este antagonismo? Será preciso imaginar un general en jefe, y en este caso los oficiales subalternos y los soldados serán inútiles, y nuestro general será simplemente el mismo espíritu; pues, acabamos de ver, en virtud del modo intelectual de la acción del alma, lo mismo que por el testimonio del sentimiento de la conciencia, que esa alma es una, idéntica, indivisible.

El carácter dinámico del alma es fácil de reconocer por todas las manifestaciones de esa alma. Si consideramos los espíritus cultivados, observaremos en ellos una insaciable necesidad de conocer. Aquí la fuerza virtual del alma se traduce en obras elocuentes. Si descendemos á las clases vulgares de la sociedad, en esas zonas de penumbra en donde la antorcha de la instrucción aun no relumbra, no vemos tampoco, en la existencia del pensamiento, sino en las tendencias de la pasión, un modo de actividad fisiológico universal. En la tendencia pasional de los individuos se añade aún la energía de una pasión dominante, y en esta pasión la voluntad que la combate ó la dirige. La facultad de vencer ó de dirigir sus pasiones es también una forma dinámica de la esencia de nuestra alma. Si en fin descendemos de nuestras voluntades particulares á las costumbres que ellas forman y mantienen en nosotros, llegaremos á reconocer que todos nuestros actos, desde la obra creadora del pensamiento hasta el más simple movimiento de nuestros miembros, denotan la fuerza íntima que nos gobierna y que se convierte en acción material por la intermediaria de los centros nerviosos, de los nervios y de los músculos. Pues ya sabemos que el origen de todo movimiento corporal reside en el espíritu. Nadie se atreverá á negar que mi brazo ó mi pierna se mueve al mandato de mi voluntad, lo mismo que la locomotora

por la acción del vapor dirigida por el mecánico. Mi cuerpo reducido á él solo, es inerte. Descartes y Locke en esto están de acuerdo con Leibnitz. El pensamiento es la acción del alma: ¿es aún preciso más para sostener que el alma es una fuerza? El



Copérnico

mismo Cabanis no está muy lejos en aceptarlo cuando dice que: «Para hacerse una idea justa de las operaciones de las cuales resulta el pensamiento, es preciso considerar el cerebro como un órgano particular, destinado especialmente á producirlo, al igual que el hígado al operar la bilis, las parótidas y las glándulas maxilares y sublinguales al preparar los jugos salivares. Las im-



presiones, en llegando al cerebro, le hacen entrar en actividad; su propia función es de percibir cada impresión particular, de concentrar los fenómenos, de combinar las diferentes impresiones, de compararlas entre ellas, de sonsacar los juicios y las determinaciones, así como la función del estómago es de obrar sobre las sustancias nutritivas cuya presencia lo estimula, de disolverlas, de asimilar los jugos á nuestra naturaleza.» Cabanis añade que esta manera de ver las cosas, levanta «la dificultad suscitada por aquellos que, considerando la sensibilidad como una facultad pasiva, no conciben como juzgar, razonar, imaginar, es lo mismo que sentir.» La dificultad no existe cuando se reconoce en estas diversas operaciones la acción del cerebro sobre las impresiones que le son transmitidas. Por consiguiente, anotaremos nosotros con M. Magy, que según los fisiologistas más espirituales, el cerebro es un sistema cuya función consiste en producir y elaborar el pensamiento, el cual es literalmente el resultado. Y se detienen en esto, sin darse cuenta que para acabarlo de explicar no más les falta que añadir una palabra.

Aquellos que, ante la correlación notable que une el alma al cuerpo en todas las manifestaciones de sus dos principios, afirman que la identidad substancial de la fuerza pensante y de la energía cerebral, se parecen á los que dan á la materia los atributos de Dios. Transportan al cerebro las facultades que pertenecen al sujeto pensante y que la conciencia revela al fondo de nuestra actividad íntima.

Todas vuestras pretensiones se desvanecen en humo, ¡oh, menospreciadores de la inteligencia!; la voz de la humanidad entera os impone este nombre imperecedero: el *Alma*; y cada ser pensante afirma en particular el *Yo*, que reina en el punto central de su vida. En vano intentáis reatar esta

personalidad á un movimiento material de la columna vertebral, yo os opongo victoriosamente mi poder intelectual que dice: yo pienso, yo juzgo, yo quiero; este inatacable poder que cree no solamente lo visible, sino lo invisible, no solamente lo material, sino lo inmaterial, no solamente lo actual, sino el pasado y lo venidero: este poder que no puede ser hijo de la materia, puesto que su vida y su acción se cumplen en el mundo moral. Yo os opongo por fin, mi pensamiento que se levanta tembloroso ante vuestro atentado, y que, por estas mismas palabras que leéis en estas líneas, protesta de su existencia individual y os afirma su personalidad. ¿Pretenderéis que esta protesta proviene de un lóbulo de mi cerebro? No, señores, basta de chanza; yo sé (y vosotros sabéis también) que soy yo el que os habla, y no un nervio ó una fibra...

Pudiéramos añadir para cerrar este capítulo de la personalidad humana, algunas reflexiones sobre ciertos puntos de estudio hasta el presente misteriosos, pero no insignificantes. El sonambulismo natural, el magnetismo, el espiritismo, ofrecen á los serios experimentadores que saben examinarlos científicamente, hechos característicos que bastan para demostrar la insuficiencia de las teorías materialistas. Declaramos que es muy triste para el observador concienzudo, ver el charlatanismo desvergonzado deslizar su pérvida codicia hacia las causas que deberían ser respetadas; triste es confirmar que el noventa y nueve por ciento de los hechos pueden ser falsos ó imitados. Pero un solo hecho bien justificado aclara todas las explicaciones. ¿Qué partido toman, pues, ciertos personajes ante estos hechos? Los niegan simplemente. «*La ciencia no duda*, dice en particular Büchner, de que todos los casos de pretendida perspicacia no sean efectos de juglería y de



colusión. La lucidez es, por dos razones naturales, una *imposibilidad*. Está en las leyes de la naturaleza, que los efectos de los sentidos estén limitados á ciertos límites del espacio que no pueden traspasar. Nadie tiene la facultad de adivinar los pensamientos, ni ver con los ojos cerrados lo que pasa á su alrededor. Estas verdades están basadas sobre leyes naturales que son inmutables y sin excepción.» ¡ Ah! señor juez, ¿conocéis, pues, bien las leyes naturales? ¿La creación no tiene nada oculto para vos? ¡ Hombre dichoso, que no sucumbís bajo el exceso de vuestra ciencia! ¿Pero qué? vuelvo dos páginas, y he ahí lo que leo: «El sonambulismo es un fenómeno del cual desgraciadamente no tenemos más que observaciones muy inexactas, aunque nos convendría tener nociones muy precisas, á causa de su importancia para la ciencia. Sin embargo, sin tener ningún dato cierto (¡ escuchad!) se puede relegar entre las fábulas todos los hechos maravillosos y extraordinarios que se cuenta de los sonámbulos. A un sonámbulo no le es dado escalar los muros, etc.» ¡ Ah! ¡ señor, razonáis pues, muy sabiamente! ¡ y hubierais hecho mejor, antes de escribir, de saber un poco lo que pensáis!

Los filósofos observadores que nos comprenden, saben que ciertos hechos de la vida del alma son completamente inexplicables en la hipótesis materialista, y que esos hechos, rigurosamente justificados, pueden por sí solos derribar su grosera andamiada. Sin que sea necesario insistir sobre el aspecto de esta cuestión, es ventajoso para nuestra victoria hacer notar que es imposible admitir que el alma sea el producto químico ó el movimiento mecánico que se nos opone, puesto que se sabe que ella manifiesta en ciertos casos una personalidad distinta, una naturaleza incorpóral y facultades independientes.

Un alma puede obrar sobre otra, á distancia, por las fuerzas físicas que nos son aún desconocidas; de las radiaciones etéreas, de los rayos invisibles, pasando de un cerebro á otro bajo la influencia de la voluntad ó de un estado intelectual especial; el espíritu es un ser real cuyo poder es aún casi inexplorado.

Así, pues, para acabar con las conclusiones precedentes: contradicción entre la unidad del alma y la multiplicidad de los movimientos cerebrales; contradicción entre la identidad permanente del alma y la mutabilidad incesante de las partes constitutivas del cerebro; contradicción entre la existencia real de nuestro yo y la asimilación del alma á una propiedad del cerebro; contradicción entre el carácter dinámico del alma y las pretendidas secreciones orgánicas; contradicciones, ¡ siempre contradicciones! Si nuestros adversarios encuentran que no son suficientes, el establecimiento de los hechos de la voluntad les ofrecerá un nuevo escogimiento.

